

Versando al aire de los tiempos

Beatriz Hernando Moral



Presentado por

Poemas del Alma 

Índice

Mundo

Imágenes de un ayer

Bailando entre piedras

Pensándote

La noche oscura del alma

¿Por qué no hablas?

Espera

Soldadito de plomo

En mi ventana

Mundo

Soy un recuerdo de lo que fui,
el reflejo de una imagen borrosa sobre un charco de lágrimas,
el llanto de la humanidad que exhala su último aliento aún inconscientes de ellos,
almas que vuelan a mundos mejores.

Mundos en los que aún se cree en ellas,
en los que llorar es bonito, pero de emoción,
en los que dientes amarillos forman sonrisas,
sonrisas de auténtica felicidad,
 porque el color aquí es una opción dentro de un arco iris, no una distinción.

Donde querer no es más, es mejor,
reír no es humillar, es bienestar,
perder no es tristeza, es independencia,
Donde elegir no es obligación, es libertad.
Mundos donde todo esto no sea mera fantasía sino pura realidad.

Imágenes de un ayer

Futuro enmudecido
ante seres felizmente corrompidos.
Pues tan solo adentrarse en profundas aguas de nuestro ser,
para siquiera ver
un atisbo de nostalgia por un ayer
corroído,
que nunca llegó.
Para sentir lo nunca habido,
sufrir lo soñado
llorar lo vivido.
Para perderse en un olvido,
y encontrarse en un mañana de al fin deseos cumplidos.
Un mañana en el que seamos viejos perros arrepentidos
de corazones conmovidos.

Bailando entre piedras

Millones de mundos conviven en uno,
chocan, se resquebrajan, lloran,
de muchos tan solo piedras huecas quedan,
piedras sin destino ni motivo flotan,
tan solo chocan.

Así los pequeños mundos,
tan poderosos y profundos,
se apagan.

Solos van quedando ante tumultos
de endurecidas y vacías piedras,
luchando por no quedar
enterrados entre ellas.

El día que aquel último pequeño mundo
se rompa,
ese día nuestro mundo,
tal y como lo conocemos, será moribundo.

Ni las piedras flotarán,
pues ya no tendrán más que chocar,
ya no tendrán más que destruir,
tan solo sucumbir
ante la victoria del sin vivir.

Así pequeños mundos aunque os hagan llorar,
nunca dejéis de brillar.
Y cuando os quieran chocar,
tan solo bailad,
las piedras lejos irán.

Pensándote

Apenas quedan lágrimas de tu ida
y aquí me hallo encharcando mis días
en vasos rotos de melancolía.
Suspirando, no veo mi salida.

Camino errante derramando mil mentiras
que taponen esta herida,
pero cuando la luz ya no brilla,
como balas perdidas
tus palabras me acribillan.

Por mi oscuro transitar
pasan rostros llenos de osadía,
en sus ojos veo el reflejo
de lo que un día fue mi vida.

Aún recuerdo el carmín
en esa copa agonizante,
tu pálpito crepitar
cada hálito, cada instante.

Aún recuerdo el jazmín
sobre tu piel picante,
el mudo y corto adiós
de tu última constante.

Aún nos recuerdo bailando
esa eterna danza de Dante.

La noche oscura del alma

Cadenas milenarias
oprimen nuestra alma
hacia carencias paralelas
tenidas por verdaderas.

Esclava del falso realismo,
atrofiada, ensimismada
a vivir dormida aprendió.

Un espejismo de luz se cernía sobre ella
hasta que al fin vio lo que era
pues tan solo eso, un espejismo era.

Como tal se fue para no volver,
el ocaso se puso en ella,
tras de sí la más absoluta tiniebla.
Perdida se sentía,
sola se veía
ante lo que había sido una mentira.

Ciega como estaba comenzó a sentir
sonidos nunca antes habidos por ella.
Por vez primera comenzó a sentir
su propia piel, su respiración,
el latir de su corazón.

Algo nuevo empezó a surgir,
sus ojos en la negrura atisbaron una luz,
una luz que bullía de su interior
para iluminar todo en derredor.

Así en sus tinieblas despertó,
y ante sí su camino vislumbró.

La consciencia resurgió,
y la luz propia la invadió.

Pues vagando por una eterna cruz
al fin encontró su luz
en esta noche oscura
de nuestra alma profunda.

¿Por qué no hablas?

Un silencio atronador
ocultaba su voz.

¿Por qué no hablas? Le decían.
Su silencio respondía.

El silencio, su identidad.
No la entendían.
El silencio, su cautividad.
No la veían.

Mil y un insultos recibía
que su silencio consentía.

Presa de mil etiquetas
que para nada merecidas.
Presa de un yo impuesto
que para nada cierto.

En sus ojos miedo percibía
ante lo que no transmitía.

Su silencio no era lo que más le dolía,
era la indiferencia que percibía
lo que cada día su boca cosía.

Tras desprecios que recibía
sus miradas al suelo dirigían,
día tras día,
aquellos que ni querían, ni sabían
cómo se sentía.

El silencio, su identidad.

Eres así, le decían.
El silencio, su cautividad.
Eres callada, le decían.

Mientras en silencio componía
con las lágrimas que caían,
día tras día,
los versos que en silencio leería
el resto de sus días.

Era el silencio y soledad
su impuesta identidad.

¿Por qué no hablas? Le decían.
En silencio respondía.
Mi silencio, mi filosofía.

Espera

Lágrimas de cristal
vertidas al mar.
Qué tanto da una más.
Llantos rotos en mil añicos,
gritos evaporados
en apenas suspiros.
Sombras acechantes,
calma inquietante,
recuerdos penetrantes.
Segundos eternos
en días efímeros.
Qué tanto da uno más.
Libertad carcomida
por el tiempo
que llevo dormida.
Mas cuando despierte
en cuerpo ya no inerte
al fin podré tenerte.
Anhelante libertad
mi espera eterna no será.
Qué tanto da un poco más.

Soldadito de plomo

Soldadito de plomo,
la triste realidad
miras con asombro.
Nueva normalidad
por el poder escupida
a nosotros sin piedad,
deja nuestra mente ida
y al alma reprimida.

Algunos de ella huyen,
otros con ella conviven.
Me pregunto: ¿acaso ven
a los que en ella malviven?

Como el hombre de la esquina
que clama en su agonía,
ve como día a día
a su alma la confina
tanta ilusión vacía.

Esto es la nueva normalidad.
O tan solo la misma crueldad
vestida de aparente seguridad.

Soldadito de plomo
que sientes impotencia
ante tanta complacencia,
miras con indiferencia
a la vez que con tristeza.
Ante la nueva miseria
algunos te dicen reza.

Hombre de la esquina

preso de la indigencia
hecha tu penitencia.

Ciegos ante la pobreza
con sus oscuras miradas
hoy te derrochan fiereza
sus bocas amordazadas.

Hoy te miran con inquina
a ti, hombre de la esquina.

Te invade la culpabilidad
de sentirte sucio.
Sueñas con la tranquilidad
de un hogar, un refugio.

Hombre de la esquina,
soldadito de plomo,
que frío contuvo
intemperie y calor.
Que tuvo miedo, sed,
e infinita escasez.
Pero ya no pudo
con tanto dolor.

Su suciedad se llevó
con un último aliento.
Al menos eso invadió
su débil pensamiento.

Un desgarro de bondad
a esta ingrata humanidad.

En mi ventana

Amanezco en tu voz
frágil de porcelana.
El gorrión es testigo
al abrir mi ventana.
Tu aroma de amapola
embriaga mi mañana.
En la brisa te arribas
al abrir mi ventana.
El fulgor de tu mirada
adorna mis pestañas,
cuando tu sol ardiente
atraviesa mi ventana.
Tus perlas cristalinas
beben de mi sábana.
Rendida me hacen tuya
a través de mi ventana.
Perdida en tu memoria,
mi piel tu sol extraña,
cuando el gélido frío
atraviesa mi ventana.
Semillas de tus labios
con sabor a manzana,
tu ocaso sella en mí
a través de mi ventana.
Demorada en un lapso
danzas sobre mis canas
al compás de hojas secas
a los pies de mi ventana.
Siete días por semana,
guardo en mi ventana
tan ansiada Toscana.